

pitan los ensayos, no teniendo á qué atribuir la salud que hasta hoy disfrutaban Tiburcio y Tomás, sino á la aplicación de mi planta.

Espero, señores Editores, que atendiendo á mis buenos deseos, se dignarán Uds. perdonar la molestia de su afectísimo servidor Q. SS. MM. B. — MELCHOR OCAMPO.



APENDICE



VIAJE Á
VERACRUZ, PUEBLA Y SUR DE MEXICO
EN 1839. (*)

.....
jarcia, loza común, frutas, cal, ocote, barriles; cuantos efectos corrientes puede tener una plaza, se hallan en ésta colocados con alguna regularidad y clasificación.

.....
* Una casualidad puso en nuestras manos este fragmento de viaje; pero su autor no dejó así la narración, no: sino íntegra.

La incuria nunca bastante maldecida, la bárbara incuria, por todo lo que se refiere á nuestros verdaderos grandes hombres y sus obras, es la causa única de que incompleto se publique este capítulo, uno de los más bellos del volumen presente, en que rebosa la jovialidad de genio.

En las *Rectificaciones de algunos datos publicados sobre el Rio Grande* hace mención de este viaje el Sr. Ocampo. Era entonces muy joven; dice: «El nacimiento mismo del río lo visité el año de 1839, volviendo de una larga herborización en los departamentos de Veracruz, Puebla y Sur de México».—NOTA de A. P.

Apenas salimos de ella, dirigiéndonos hacia el Sur, encontramos el término del pueblo en la calle que forma el camino para Puebla, en dirección al Este.; al volver por este mismo camino, preguntamos por el nombre y objeto de dos pequeños templos reunidos en un mismo cementerio, y que correspondían entonces á nuestra izquierda: *las monjas de la Purísima*, fué la contestación que obtuvimos; lo que luego me acabó de confirmar en la buena idea que yo había formado de los recursos del pueblo, porque esta especie de zánganos no viven sino en colmenas bien abastecidas.

Veinte pasos adelante, en la misma izquierda, vimos la cárcel, vecina muy conducente y propia para un convento. El local parece de poca extensión; ni guardia, ni aun la presencia de un simple alcaide, indica lo que es; y sin los enrejados, que entre nosotros se han hecho como un geroglífico, no nos hubiera avisado de su destino.

El piso es arenoso, la agua abundante: hay una fuente en la plaza y un riachuelo, á la parte septentrional del pueblo, corre hacia el O.

No hemos visto una sola mujer de buena figura.

Las campanas son harto malas (están dando

las oraciones); pero en recompensa abusan de ellas cuanto les es posible.

Nos pareció que había más mesones de los que parecen necesarios, atendido el corto número de pasajeros que hemos encontrado; pero tal vez esto depende del bloqueo, y luego que se ratifique la paz tratada hace cuatro días por Pakenham y Gorostiza, se llenarán y aun parecerán pocos.

Las casas son de muy mal gusto; y todas tan bajas como es corriente en nuestras tierras frías. Algunas están edificadas de tierra, amasada y amoldada en el lugar mismo á que corresponden.

Term. 65° á 71½ horas N°

PUEBLA, Miércoles 13 de Marzo de 1839.

Población muy considerable: la más hermosa que conozco después de México. Capital del Departamento de su nombre, residencia de su Gobernador, Junta, Prefecto y Obispo; y á 28 leguas casi al Este de México; es uno de esos lugares propios para impacientar al pobre caminante. Colocada en una altura que domina el hermoso valle de San Martín, extendido en su derredor por Oeste y Sur, se ve mucho antes de llegar á Río Prieto, que dista todavía y se tienen aún que hacer tres larguí-

sinas, aunque poco elevadas subidas, para ponerse al pie de la alta colina llamada de Loreto, á la derecha del camino.

Hay en el lado más alto del plano inclinado en que termina, una fortificación á medio acabar, que aunque ha sido ya ocupada algunas veces por beligerantes, me pareció de poco interés.

El camino no tiene cambio alguno en la dirección que lo lleva hasta la plaza principal de la Ciudad, desde cuya primera esquina, volteando á la izquierda, andando dos cuabras y tomando á la derecha, se pone uno en la *calle de Mesones*, llamada así por los del Roncal y del Cristo, que están á la acera que mira al Sur. Preferimos el último por tener una buena *fonda italiana*, como dice su muestra; y ya desde México nos habían dicho que eran los mejores; sin embargo, son ambos de mala construcción y peor limpieza.

Inmediatamente que nos apeamos, nos acometieron unos libro-vejeros con varias obritas: cojí luego la primera que me presentaron, y leyendo en el brevete *Casos raros*, la devolví, añadiendo *de vicios y virtudes*, supongo que sigue dentro; y después de la seña afirmativa con que el librero consintió mi acerto, alargó la mano con *Soledades de la vida*; y

desengaños del mundo, volví á añadir, y á entregarlo. Después, sin tomarlos ya en mano, lei bajo su brazo: *El alma al pie del Calvario*; *La venerable madre Sor María de Jesús*; *Temporal y eterno*; y otras obras maestras de igual calaña. Seguramente mi semblante anunciaba el poco aprecio que me habían merecido; y así, sin esperar á que hablara, me propusieron á dúo arrebatado:

—¿Quiere usted *Teresa la filósofa*? O el *Compadre Mateo*? ¿O el *Siglo de oro*? ¿O los *Barones de Felsehim*?.....

—¡Oh!... señores, les interrumpí, si malo me parece perder el tiempo con todas las ineptias que contienen las primeras obras, peor aún es perderlo al mismo tiempo que las costumbres con la indecente licencia que dictó las que ustedes me ofrecen. ¿No tienen bastante extensión la historia, la literatura, las ciencias y las artes, para que sea necesario buscar instrucción y pasatiempo en los desarreglos de esas imaginaciones diversamente extraviadas?

—Pues para la tarde traeremos algo de lo que usted dice.

Y con esta promesa se despidieron sin manifestarse muy solícitos por salir de sus maullas. Habíanme ya recomendado á estos vendedores como espías de la policía eclesiástica de

Puebla; y aunque me parece imposible que lo sean, por la inutilidad y ridiculez de semejantes medidas, la idea es muy conforme con el fanatismo que domina la mayor parte de la población.

Llegamos á las once de la mañana, é inmediatamente salimos á ver la Catedral; famosa por su retablo mayor, ó ciprés, como lo llaman vulgarmente. Es de hermosísimos jaspes, lo mismo que todo el presbiterio y pavimento; pero la Iglesia es oscura, chica y de mal gusto. Tiene lo mismo que las de México y Morelia, sus dos torres en la fachada exterior; pero son las más desairadas piezas que he visto en su género. El cementerio es irregular y está bordeado de postes feísimos y muy altos para su objeto, y se halla muy sucio de excrementos, cáscaras de frutas y basuras de toda especie, lo que acaba de hacerlo repelente. El mercado que está en la misma plaza, y el tlazole que colocan y venden encima del mismo cementerio, tienen en gran parte la culpa de toda esta inmundicia.

La plaza es grande y está al lado septentrional de la iglesia. El mercado es abundante y bien provisto; pero la reputación que los poblanos tienen de limpios, se ve á cada paso

desmentida, y en verdad, no es su policía actual la que se los ha de haber grazeado.

Cuando dieron las doce, estábamos en el atrio de la catedral y noté que no sólo se descubrían todos, sino que algunos se hincaban en la plaza; el par de demandantes que acometían á los transeuntes, *para la misa de doce que se aplica á las ánimas por intención de quien da su limosna*; más tenían el aire y tono de un acreedor exigente, que de mendigos espirituales, si puedo expresarme así.

—Vamos, que ya la misa va á salir y nada han dado ustedes, nos dijo ásperamente y de prisa el más viejo de ellos.

—Ya dimos, contestamos casi á un tiempo.

—Pues es que ya va á salir y se pierden las gracias é indulgencias, añadió, avanzándonos el plato; pero sin contestarle, le volvimos la espalda á riesgo de dejar perdidas las gracias é indulgencias.

Notamos que todas las casas tienen escrito sobre sus puertas el nombre de la persona ó corporación á que corresponden, y que por cada ciudadana ó ciudadano, se ven varios conventos, cofradías y otras obras piadosas. Puede ser muy cómodo para la policía, ó para el cobro de contribuciones, este método antiguo ya en Puebla; pero en cualquiera otro punto,

en donde la costumbre no lo haya hecho sufrible, creo que sería muy desagradable á algunos propietarios este público balance de sus posesiones urbanas.

Dos muchachos, con el pretexto de vender malísimos dulces, que cargan en portadores sobre la cabeza, y que anuncian con un grito desentonado y algo extraño, nos fueron á proponer géneros vivos de comercio ilícito. Al ver su descaro, su maestría en el arte y su absoluta falta de decencia, no se puede menos que sentir un horror secreto y una repugnancia invencible al vicio de quien son apóstoles. El placer, es cierto, agrada; pero para serlo necesita ir encubierto con el pudor, excitado por la resistencia y sostenido por el silencio y soledad; pero cuando. . . .

Jueves 14 de Marzo de 1839.

Daban las seis, cuando salimos; una partida de tropa nos precedía algunos pasos y otra cerraba nuestra marcha. Más de cincuenta burros obstruían la garita: en medio de su confusión, pasamos sin ser molestados por los pases. Es cosa harto fea ver las colinas peladas sobre que viene el camino para Amozoque; pero era demasiado vario y numeroso el concurso que lo cubría, para no ir divertido.

Más de quinientos burros cargados de maíz, carbón, leña, cal y otros varios objetos para el consumo de Puebla, se nos fueron presentando en todas las cuatro leguas que hay hasta ieho Amozoque y aún más acá; sin contar con las mulas que ya con los mismos efectos, ya con carga de Veraacruz, encontramos hasta el Pinal.

Amozoque es una población considerable, á la que se entra por dos caminos en que se divide el principal, como unas doscientas varas antes del Pueblo. Cogimos el septentrional, y desde él advertimos que tiene el pueblo unas cinco ó seis iglesias, lo que me pareció excesivo; pues aunque noté que en su pomposa y moderna distinción de cuarteles y manzanas, se ve hasta una *Manzana cuarta de la Sección 5.^a del Cuartel número 6*, se ve también desde luego cuán desdichadamente se da el nombre de manzana á una mala casuca, constante hasta de una sola pieza y con un cuadro á su espalda marcado con magueyes. Este mismo excesivo número de iglesias se advierte en Acajete, cuatro leguas al Oriente; pues tiene tres una población que no puede mantener dotada una sola.

Bien pueden las iglesias considerarse por la policia como un lazo de estabilidad y un pun-

to de unión para los habitantes de un pueblo, así como puede el geógrafo tenerlas por meros geoglíficos de las poblaciones, como una bacia y un peine pintados indican una barbería; pero el que quiere cosas y no nombres, el que verdaderamente desea los adelantos de la especie humana, ve con dolor esa multitud de peajes espirituales que esquilman al rebaño sin provecho alguno.

¿De qué sirven muchas iglesias en un pueblo que apenas tenga con qué mantener el custodio de una? De multiplicar perjudicialmente las festividades, pues *cada capillita tiene su fiestccita*; de fomentar la ociosidad, la crápula y otros vicios, que habrá visto el curioso lector; y de dar á los pastores un su plus de renta, sin haberla ganado con ninguna cosa verdaderamente útil. ¿De qué sirven? De que media docena de viejas estén continuamente molestando al Director espiritual ó á los santos, si están abiertas, ó si están cerradas; de que la humedad y falta de ventilación eche á perder imágenes, muebles y aposentos, que podían ocuparse más útilmente. ¿De qué sirven? De que las gabelas espirituales, impuestas con el nombre de cargos, arruinen ó cuando menos atrasen anualmente la pequeña fortuna de los infelices, á quienes sucesiva-

mente se encomiendan; infelices cuya fortuna se disipa entre el humo de los cirios, del incensario y de los cohetes; y entre el ruido de las campanas, cámaras y violines, que venden á veces su libertad y la de sus hijos por desempeñar una obligación que no tienen, ni como ciudadanos, ni como fieles. ¿De qué, pues, sirven? No de ministrar los sacramentos, no de acostumar los fieles á estar en sociedad por medio de reuniones frecuentes, no de enseñarles desde sus púlpitos la moral, sino de engrosar á los curas con inmólicas recompensas por las vísperas y misa de soplo y sorbo, que frangollan en sus fiestas titulares.

El Pinar, cerro así llamado, comienza á figurar en el horizonte sensible al lado de la Malinche y frente de quien viene, desde el mismo Amozoque; casi á su falda está Acajete, y al irlo volteando sobre la derecha, se ve su pendiente y poco elevada cima cubierta de pinos, la mayor parte secos y en pie; y se distingue bien claro la interrupción del bosque que lo ponía en contacto con lo falda meridional de la Malinche. La hacienda de le debe este favor, hecho para abrir una mala sementera de trigo, que vimos á nuestra izquierda. El camino, cuando uno está ya enfrente de dicha hacienda, está más curiosamente ideado

y conservado que en ningún otro punto de los vistos hasta hoy.

Nopaluca es pueblo bien triste: tiene frente á la iglesia una ancha plaza en cuyo centro había un único puesto de excelentes plátanos, naranjas y limas. El mesón, en el lado meridional de dicha plaza.

La fonda merece mención por separado. El pueblo carece absolutamente de agua, que suple con unos tanques profundos que se llaman allí aljibes, aunque de éstos no tengan más que el nombre y parte de la sustancia. Era la una de la tarde cuando llegamos; nuestros caballos rabiaban ya de sed, y cuando supimos que era necesario volver hasta Chapultepec (dos leguas atrás) para darles agua, resolvimos llegar á todo trance á cualquiera otro punto, á pesar de tener ya andadas largas catorce leguas, puesto que en sólo ir y venir á la agua, se debían andar cuatro más, que quisimos fuesen adelante.

—Vaya, mi alma, dije entrando á la fondococina, y dirigiéndome á una cuarentona de mirar oblicuo, nariz remangada, boca de amenaza y cutis de tezontle. ¿Qué tiene vd. que darnos?

—Sopa, niño, y caldo y mole y carne y frijoles.

—Con eso hay para veinte.

—Y aún para treinta si vienen, señor niño; y todo bueno, á Dios gracias.

—Tiene Ud. agua?

—Vaja! (1) Venga vd. y tendrá cuanto guste.

Volvimos, en efecto, cuando ya un mozo nos avisó estar todo corriente y listo.

—Los platos de sajonia, niña, vaja, pronto los de sajonia que ja están sentados los señores.

Y á poco vino, como primer servicio, una media docena de piezas ó de causados por diezmo pues no había una que se pareciera á otra.

Vino la sopa; pero luego exclamé como *mí paisano*: ¡Oh sopa, la más desdichada que se ha visto desde la invención de las sopas!!! ¡Digno aborto de tan sucias manos! Yo te saludo con la cuchara en mano y el rostro vuelto hacia donde no conmuevas mis entrañas; pido al Genio del inmortal Batel, te transfor-

1 Escribo este vaya! con j y anoto ésta con un guión encima, para indicar que aquí debe darse á esta letra la pronunciación que tiene en francés, aunque algo suavizada aquí, á fin de que se imite mejor el carácter prosódico peculiar á poblanos y mexicanos. Nuestro abecedario no tiene signo con qué representar esta articulación de sonido,

me en un manjar delicado, y me atrevo, en fin, á llevarte á mi boca, aunque bien sabe mi Dios el asco con que lo hago!

—¿Toman vds. caldo?

—Yo sí, dijo el Sr. Esteves, después de oír nuestra negativa.

—Una taza de sajonia, niña, pronto, de allá adentro, donde está la sajonia.

Y mientras venía la taza, puse yo platos de la famosa sopa. Aún me di treguas; un buen trozo de vaca prensada, débil resto de nuestras primitivas provisiones, yacía sobre la mesa con el expresivo silencio de quien espera y desea ser útil; el hambre me hizo creer que me hablaba y que me decía clarito: ¡cómemme! Deseando dilatar cuanto más fuera posible el terrible trance de embuchar la sopa, y aprovechar la muda elocuencia de la vaca, le saqué una tajada que fui engullendo tan despacio como lo permitía su dureza, hasta que cansado de ella, me resolví á humedecerla con una cucharada de la temible; pero ¡cuán agradable fué mi sorpresa al cereiorarme por ante juez más competente que mis ojos, de que no era tan malo el pan en agua que tenía en la boca! Yo no niego que la salse hallaba sembrada, como las estrellas en el firmamento; que más bien debiera llamarse de engrudo, que de

sopa, el bocado que masticaba de prisa; sino únicamente aseguro que pude consumir la poca que me había puesto.

—No, niña, vacía, vacía en un plato de sajonia; ¡cómo! los señores habrían de ver la carne

así, vaja, no faltaba más, habiendo tanta sajonia! ¡Niña, niña! despáchate.

La exclamación de niña repetida tantas veces, y la tranquilidad que disfrutaba mi espíritu, después del agradable desengaño de la sopa, me hicieron fijar la atención en la interpepada, y con inmoderada risa comuniqué á mis compañeros la pugna que formaban en mi mente la idea que la palabra niña le hacía formar mi oído y la que le daban mis ojos, contemplando la figura que tenía al frente. Recordé á poco que en cualquiera punto del país se podía hacer la misma observación al oír llamar niñas. pero ahora también reflexiono que van ya escritos muchos renglones, y aun no salgo de la cocina de Nopaluca, lo que proporcionalmente daría fin con el libro antes de acabar la jornada.

Las dos y media, y mañana queremos ver á Perote, y si nos quedamos aquí, llegaremos muy tarde; y nuestros animales tendrán que andar cuatro leguas para sólo beber agua, y

estos soldados son mala vecindad; pues á caballo y adelantemos algo. Pero si el viento está fuerte, el agua parece que va á caer; sin embargo, á caballo y marchemos. Algunas gotas ligeras comienzan á caer desde la plaza misma del pueblo, el viento forma varios remolinos en frente de nosotros, las nubes vienen sobre nuestras cabezas, el rayo suena á lo lejos. ¡Adelante! Las gotas de agua aumentan en tamaño, el viento se espesa con el polvo, el cielo se oscurece, la tempestad brama. ¡Adelante! El polvo se acrecienta, las tinieblas nos rodean, el rayo nos deja ver su camino por todo nuestro rededor, el agua cae apresurada, el frío es intenso, el viento silba enfurecido. ¡Adelante! El polvo y nubes hierven juntos y forman nuestra cubierta, las colinas parecen levantarse y venir contra nosotros, un ruido sordo y pavoroso forma un crescendo, zigzags de fuego no interrumpidos presentan inflamada nuestra atmósfera, el aire parece empuñado en lanzarnos lejos de sí, gruesos granizos caen, se multiplican, nos cubren; y viento y fuego, y polvo y agua, presentan la imagen del caos.

Los animales rehusan obedecernos y volteando el anca á la tormenta, agachando la ca-

beza y doblando las orejas, nos dejan puestos de espalda contra la violencia del huracán.

Calma éste; ya no hay granizo, una lluvia fresca reemplaza á aquél; el polvo, vencido por su húmedo contrario, cae á la tierra de donde se había atrevido á levantarse; los caballos entran á nuestro dominio y tres ó cuatro leguas á buen paso, nos libertan de todas estas molestias; pero el punto de descanso no parece: las haciendas que vemos por el camino tienen maldita traza; el pueblo que se ve allá lejos, sobre aquella colina en que sube el camino, no tiene mejor aspecto; ¿qué hacer? Preguntar por la posada más próxima. He ahí dos que bajan la loma.

—¿Cuál es el mesón más cercano, amigos?

—San Francisco.

—¿Cómo se llama esta hacienda que acabamos de pasar?

—San Isidro.

—¿Y el pueblo que corona esa eminencia?

—Cuapizalla.

—¿Pues San Francisco, dónde está?

—A la bajada de la loma, donde comienza el llano.

—¿Qué animal es ese?

—Tlalcoyote.

Cada uno de nosotros dió su mirada y su

opinión sobre el animal, que colgando de las patas, llevaba uno de los dos nuestros interlocutores; yo dije, lo que era cierto, que no lo conocía; y sin la lluvia, sin las diez y nueve ó más leguas que traía áuestas y sin la gana que estas dos cosas me daban de llegar cuanto antes, lo hubiera descrito con gusto.

(Véase Cuadrúpedo)

Hablando aún de éste, entrábamos á Cuapiztla, donde nos cayó muy en pandorga ver unos diez ó doce hombres con alba dalmática, al menos tales parecían de lejos el amplio calzón blanco y la túnica, el *sobretudo* ó como quiera llamarse la parte azul y superior de sus vestidos: estas dos piezas, sombreros de lana ó de palma y un largo palo, completaban todo el equipaje. Una larga balcarra ocultaba cada oreja y daba así al Genio de los muertos mayor facilidad de asir á sus víctimas, que la que puede proporcionarle el largo mechón central que con tal objeto se dejan los chinos, japoneses y salvajes de Norte-América. La cabeza toda presenta un amplio círculo raído, que llaman barco, y yo aconsejo á los calvos adopten esta moda y la introduzcan como peculiar á su gremio; pues aunque no será muy seguida, así como no es muy elegante, les ahorrará peinetas, trenzas, pelucas, pomadas y demás

arbitrios tan molestos como poco eficaces para el disimulo.

A Dios gracias, aquel es San Francisco: un esfuerzo más y llegamos; así sucedió á la media hora. San Francisco es una hacienda, cuya casa vivienda y oficinas están rodeadas de un muro de poca elevación que forma un cuadro que la cubre al exterior: tiene dos puertas en lados opuestos; entre el espacio que están y cercan al S., está la habitación, y en el del N. una amplia atargea que continuamente están llenando de agua, por medio de un malacate movido por una mula, y dos grandes cubetas de cuero que suben y bajan alternativamente por sogas de más de ochenta varas.

A pesar del mal aspecto del país y de lo poco que promete, estuvimos bien asistidos. Los víveres son abundantes para ser aquella una hacienda aislada y concurrida sólo por contrabandistas de tabaco, para quienes es punto común de tránsito entre Huamantla, *puerto general de depósito*, diez ó doce leguas al N. O., y Orizaba, *proveeduría principal*, á cuarenta ó más al S. E. Entiendo, sin embargo, que no tanto á la afluencia de éstos, como á las comodidades del nuevo arrendatario, se debe el buen surtido de su cocina.

Al salir de Amozoque supimos que los sol-

dados iban á salir también para Ojo de Agua y deseando evitar su compañía, resolvimos ir á San Francisco, de manera que desde pocos pasos adelante del pueblo, dejamos á nuestra derecha el camino principal que debíamos haber seguido.

Esto nos proporcionó, á más de un camino menos bueno y casi absolutamente solo, el no ver el tal Ojo de Agua, que aseguran ser curioso por la extrañeza que causa verlo brotar en un plan excesivamente estéril, y sin tener inmediatas montañas de donde se forme. Entiendo que viene desde la Malinche, por larga que parezca su distancia, pues no hay otra á que se pueda atribuir.

Viernes 15 de Marzo de 1839.

Aunque son ya las ocho, de intento hemos querido salir á esta hora: los cont:abandistas tan frecuentes por este punto, el temor de andar sin luz un camino enteramente nuevo, y sobre todo, el deseo de ver bien y gozar á satisfacción cuanto se nos presentase nuevo, nos la hicieron elegir.

Llanuras, buen camino; y tres horas y todavía llanura; ¡y son de arena, malo! esto ya comienza á fastidiar; dos horas más, llanuras, esto enfada; y luego ni un árbol, ni cerros,

ni una gota de agua; aún otra hora, llanuras; por Cristo, que esto aburre. ¡Ah! pero ya hay agua, al menos está mojado el llano. Son las dos de la tarde, comeremos. No; Tepeyahualco queda á la izquierda de la dirección en que nos señalaron á Perote: el llano está abierto, evitemos Tepeyahualco y ahorramos al menos dos leguas, según parece; pues bien, al llano. ¡Oh, Dios mío! ¡Quién hubiera sabido tal cosa! Los caballos hunden todo el casco en un barrial pegajoso y blanco, que hace creer á cada paso que ya adelante estará seco; vamos sobre esas piedras, que al menos no resbalarán; pero si todas son pómez, todas se quiebran bajo la herradura; esto es la Ciénega! ¿Y cuánto va á durar esto? ¡Quién sabe! La vista no encuentra el término, parece que las leguas todas que faltan hasta Veracruz, se han vuelto valle estéril, triste, silencioso. ¿Y cuánto hace que vamos así? Larga hora.

Mas ya el suelo está seco; hemos alcanzado el camino real y podremos seguir á mejor paso. ¡Vana esperanza! ¡Otra vez arena, todavía llano!!! A lo lejos están unos cerritos pequeños, lleguemos; pero cuán desagradables son de cerca: peñas casi desnudas, cubiertas de uno ú otro musgo, algunas palmas, magueyes y no-